



HV6021
L6

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Los trabajos jurídicos de esta Biblioteca están encomendados al Letrado de este Ilustre Colegio D. Anselmo Guerra.

Asegurados los derechos legales de propiedad.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

EL AMOR EN EL SUICIDIO

Uno de los más célebres suicidas, Felipe Busone, pocas horas antes de morir, escribió estas palabras: «El suicidio puede ser la pena que se impone el delincuente, ó el último refugio de un conquistador víctima de la traición, ó el efecto tiránico de una costumbre, como en la viuda india, ó del aburrimiento, como en Inglaterra. Pero, digan lo que quieran los moralistas, que lo consideran efecto de vileza ó de heroísmo, su causa predominante es... la mujer. El hombre se postra constantemente ante ella, y cuando ella le arroja de su corazón, no le queda más recurso que morir.» (BRIÈRE DE BOISMONT, *Du suicide*, página 128.) Este concepto está quizá expresado con poca elegancia de estilo, pero no por esto es menos digno de atención, considerando á que está sellado con la sangre tibia de quien al dictarlo nos daba una prueba de ello, y confirmado en gran escala por la estadística.

Esta nos demuestra, en efecto, que casi un 15 por 100 de los suicidios se deben al amor, y un 85 por 100 á los celos, que tienen con el amor relaciones tan estrechas.

De 360 de estos suicidios amorosos, se contarían: 117 por disgustos de amor, sin otra causa; 88 por abandono de la amante; 58 por matrimonios irrealizados ó realizados con mal éxito; 54 por celos; 16 por muerte del amado; 11 por separación forzosa; 11 por disputas y desavenencias, y 5 por el matrimonio de la persona amada (1).

Sólo en un punto es totalmente inexacta, dadas estas cifras, la mencionada sentencia póstuma: en el considerar so-

(1) Brière de Boismont. *Du suicide*, 1870.

lamente á la mujer como causa primera de los suicidios de amor, que, por lo tanto, deberían de ser más numerosos en el sexo más fuerte, cuando éste, al contrario, se nos muestra aquí el más débil.

En efecto, mientras los suicidas varones, en general, exceden en el cuádruplo ó el quintuplo á las mujeres, los suicidas varones por amor no llegan á la mitad, y á veces ni á la cuarta parte (1); cosa al fin natural en el amor, que como dice Mad. Sthael, es á lo sumo una anécdota, un episodio en la vida del hombre, mientras es el suceso más grave, toda una historia, para la pobre mujer.

En el hombre tiene quizás con más frecuencia raíz vigorosa y potente la amistad, que, en cambio, es en el bello sexo algo menos que una anécdota, una simple ceremonia; porque la historia, si no la estadística, sólo nos habla de hombres que se mataran por no sobrevivir á un amigo, como Volunnio, Petronic; ó por no engañarle, como Strozzi, ó simplemente por darle un placer insignificante, como Antinoo; y, en los últimos escritos de los suicidas varones, se encuentra muchas veces recuerdos para los amigos; pero jamás en los de las mujeres. (BRIÈRE, obra citada.)

No pocas mujeres se matan después de una ofensa de la persona amada, á veces con la sola esperanza de entristecer al superviviente, como otras menos heroicas recurren por despecho á un matrimonio.

Por el contrario, agrada recordar aquellos casos, siempre de mujeres, que, en el momento de unirse al hombre preferido, se matan por no llevar al lecho nupcial un cuerpo que otro había ya profanado. Una obrera, solicitada en matrimonio por un hombre riquísimo y del que se apasionó ar-

(1) En Italia, en 1875 77-78, da la estadística 569 mujeres suicidas y 2.516 varones; pero, en los suicidios de amor, la mujer da el 75, el 14 y el 71 por 100, y el hombre el 20, el 8 y el 40; sin contar el embarazo, causa casi exclusiva del suicidio femenino y que entra en la proporción de 12, 17 y 7 por ciento; y los celos, que alcanzaban en la mujer en 1876 y 77 el 4,49, al par que en los hombres el 5.

En Francia hubo 23.878 suicidas, que se dividieron en 17.904 varones, y 5.969 mujeres, dando éstas 172, ó sea, 28 por 100, de suicidios por causa de amor, mientras los hombres solo 131, ó sea el 7 por 100.

dientemente, no dijo nada hasta el momento del contrato, y entonces se mató, manifestándole que, seducida de catorce años por sus amos, no quería ahora engañar á quien había sido para ella tan generoso. A éste puede contraponerse, por honor del sexo más fuerte, el caso de un viudo suicidado para sustraerse á las seducciones de un segundo matrimonio con perjuicio de sus hijos.

La historia registra, aunque no la estadística, muchas mujeres muertas por conservar ó vengar la castidad ofendida, como Lucrecia, Ippia, Sofronia, las vírgenes teutónicas de Mario, la bizantina de que habla Cicerón (*De prov. cons.*, 3), Santa Pelagia, etc.; de estos casos no hay casi ninguno entre los hombres.

El mayor número de los suicidios por amor ocurre por el abandono ó la muerte de la persona amada; así, la famosa Sofia, la antigua amante de Mirabeau, ante los desdenes de quien le había dado las mayores pruebas de amor fiel y sereno, escribió con mano firme su voluntad y, encendiendo un brasero, se dejó morir con el retrato en las manos.

Es singular además el caso de aquel marido que, después de haber maltratado á su mujer hasta obligarla á huir, se mató por no poder resistir su abandono.

A veces este suicidio se determina muchos meses después de la pérdida, cuando al paroxismo narcotizante del dolor agudo sigue el sufrimiento menos fiero, pero más potente, del dolor crónico.

B., cuya mujer había muerto, no visitó la tumba durante cuatro años consecutivos; pero llegó día en que no pudo resistir, y después de haber ordenado que se esculpiese en su sepulcro: «él volvió á ver su cara», se mató.

R. no tenía otro consuelo ni otro alivio, después de la muerte de su mujer, que el de mirar el sitio donde ella había espirado: obligado por el amo á salir de la casa, puso fin á sus días.

Muchos se matan por no poder sufrir que la persona amada se ausente ó pase á brazos de otro, y á veces basta una sola sospecha para determinar el suicidio; suele en estos casos ser el suicidio doble, ó precedido de un homicidio; y es curioso que, mientras los demás suicidas buscan siempre la soledad para llevar á cabo sus tristes propósitos, és-

tos prefieren morir en público ó ante la persona amada ó en el domicilio mismo de ésta.

Un estudiante se enamoró de una extranjera que, al cabo de algún tiempo hubo de ausentarse; arrojóse á sus pies para persuadirla á que se quedara; hallóla inflexible, y de un pistoletazo la mató y se precipitó por la ventana.

Una joven tranquila, nada romántica, ve que sus padres no quieren consentirla una unión deseadisima: «Estoy decidida (escribe á su elegido) á matarme antes que dejarte; dame tú también la misma prueba de amor.» Encienden un brasero, y mueren el uno en brazos del otro.

R. C., de Turín, habiendo ido al servicio militar su prometido, se vió obligada por sus padres á casarse con una persona mucho más rica que simpática. No perdió por eso las esperanzas, y cuando al fin llegó para su predilecto el día del licenciamiento, huyó con él á San Bernardo, donde pasaron juntos pocas horas, y al cabo de ellas se ataron ambos las manos y los pies y se arrojaron á aquel frío lago; declarando la infeliz en una carta á los suyos que, obligada á una elección ingrata, y por lo tanto, á hacerse adúltera ó infiel á quien ella amaba más en el mundo, había resuelto matarse.

No hace aún dos años que en la riente Ivrea vivían, tabique por medio, dos familias numerosas, patriarcales. Llegó el día en que un joven de ellas debía ausentarse para acabar sus estudios en Turín: rogó á su madre que le preparara cierta comida para la noche; chancó después alegremente con su padre; pero llegó la noche y no se supo de él. Entre tanto, la muchacha de la familia vecina, á quien aquel joven estaba unido por antiguo afecto, había pedido á su madre la misma comida, se había vestido, por vez primera, un traje que para las grandes solemnidades bordó durante muchos meses; había dicho á su madre: «¿no es verdad que parezco una desposada?», y había desaparecido por la noche. Los dos padres, influidos por una misma sospecha, se reunieron apenas alboreaba el día, y después de encontrar una carta del estudiante donde decia preferir la muerte á la separación, corrieron hacia el puerto, hicieron descubrir el fondo, y en él aparecieron los dos jóvenes, unidos en grupo compuesto con tranquila sonrisa, como si

la muerte les hubiese hallado en el más dulce momento de la vida. La madre, buscando en la alcoba virginal, halló un diario de la joven, donde se vió que desde un año antes había ya formado el funesto propósito y escribía alegremente pensando en «aquel día».

Dirán lo que quieran los moralistas y los teólogos; pero en este siglo industrial y financiero, lejos estos contrastes de despertar en nosotros la repulsión del crimen, nos llenan el corazón y los ojos de emoción profunda y nos dan testimonio de que sabemos y podemos todavía sentir las fuertes emociones ideales y desinteresadas y morir por ellas.

No es difícil comprender la fisiología de esta tan difundida causa del suicidio, recordando que el amor es el efecto de una especie de afinidad electiva, multiplicada por la de los órganos reproductores y fortificada después por la costumbre; en virtud de la que las moléculas del organismo del uno, formando ó casi formando parte del otro, no pueden resistir la separación.

Mucho más que en el precepto religioso (los Vedas hasta prohibían el suicidio), que siempre consagran costumbres establecidas; más también que en la preponderancia masculina, en el amor, debe hallarse la causa primera del extraño rito de la India y del Malabar, por el que la viuda se arroja á la hoguera del difunto consorte.

Así sabemos que, aun hace pocos años, cuando los ingleses intentaron impedir aquella costumbre bárbara, no pudieron conseguirlo, ni aun por el procedimiento de evitar toda presión sacerdotal. Cuando el teniente Earle y el doctor Kess se esforzaron en persuadir á una de aquellas viudas que iba alegremente á la hoguera, diciéndole que al menos probara antes en un dedo el efecto de la horrible llama, ella, con una sonrisa de desprecio, sumergiéndole en el aceite de la lámpara sagrada, le encendió y le vió quemar impertérrita.

«Podéis decir, les respondió, lo que os plazca; yo debo pertenecer á él sólo, no á otro; yo le he amado á él sólo, y no podré amar á otra persona», y dadas siete vueltas á la hoguera, entró, puso en su seno la cabeza inanimada de su esposo, prendió fuego con una mecha, y pocas horas después

no había ya más que un montón de cenizas, sobre las que mascullaban sus cánticos los brahmanes.

La verdad de la influencia del amor está también probada por la existencia de costumbres semejantes en países donde la religión no las hace precepto, como en China, donde las viudas sin hijos creen que ahorcándose públicamente van á reunirse en seguida á su querido difunto. Lo mismo sucede en algunos países salvajes. Por ejemplo: En Nueva Zelanda la hija del conquistador Hongi vió volver de la batalla á su padre, pero no á su marido, que había muerto; saltó sobre la barca, le quitó la espada, atravesó por su mano á 16 prisioneros y descargó contra sí después el fusil; y habiéndose herido y no muerto, se estranguló para reunirse más pronto á su esposo en la morada del alma. (TAYLOR. *R. N. Zeland and its inhabitants*. 1730, Londres.)

Ciertamente, se puede objetar que todo esto sucede en comarcas bárbaras, y que, en Europa civilizada, nuestras viudas se lanzan á otras llamas muy distintas de las de la hoguera conyugal. Pero yo recuerdo en este punto que la estadística aún nos muestra, en los últimos años, en Italia, una desproporción en los suicidios de mujeres por amor, que puede llegar á la diferencia de 20 á 75 por 100; y que la historia antigua eternizó el *non dolet* de la mujer de Peto, y el fin de la mujer de Poliorceto, de la de Emilio Seauro, de la de Labeón y de la de Bruto, que imposibilitada para suicidarse, engullía, para lograrlo, carbones encendidos. (CROMAZIANO, *Storia del suicidio*, 1780.)

Esta influencia se ve muy bien en las expresiones con que los suicidas revelaron la última idea que les dominaba en el fatal momento. Briere nos señala doce individuos que manifestaron al matarse juntos el deseo de ser enterrados también juntos.

«¡Oh, vos, quien quiera que seáis, no separéis lo que la muerte ha reunido; es nuestra voluntad suprema, respetadla y hacednos enterrar en la misma fosa!»

Otro suicida escribía así: «Derramo mis últimas lágrimas sobre tu retrato; hice lo posible para vivir sin este afecto, que es la fuente de toda mi fuerza, pero no lo he conseguido; á falta de lo que he perdido, la vida para mí no es soportable.»

Sin embargo, como no quiero ocultar nada, me conviene confesar, aunque el argumento me perjudique, que no siempre estas últimas expresiones son sublimes, ni cuando lo son responden siempre á la verdad.

Un joven escribía á su amante: «Tu abandono fué mi desesperación; vivir sin tí me es imposible; muero adorándote»; y el tal era un rico solterón á quien la amante no pedía otra cosa, para volver á la unión antigua, que el justo reconocimiento de su hijo; sin embargo de lo cual, él prefería la muerte.

Ha habido quienes remitieron al propio tiempo dos cartas á la misma persona: una de dulces recuerdos y otra de villanos improperios.

Otro escribía: «No puedo vencer mi amor por una mujer casada, buena y santa, y estoy obligado á no verla más. ¡Oh, por qué la institución del matrimonio está tan rodeada de obstáculos sociales! adiós, ángel mío.» Pues bien; este suavísimo ángel era una mujer pública, que no había querido renunciar á la prostitución, de la que, por lo demás, se aprovechaba también aquel desdichado.

Estos hechos demuestran que hay hombres que tienen tendencia á mentir aun después de muertos.

Otros escritos nos demuestran que algunos fueron impulsados al suicidio por un amor nada ideal ni platónico. Así uno dejó escrito: «Después de haber libado el amor, no me resta más que morir. ¿Qué podré hallar más dulce?»

Y otro escribía á una muchacha: «¡Oh, cómo vamos á gozar; será la última vez, y después habrá que morir.»

Uno, el más original de todos, escribía: «Yo tengo cincuenta años; he sido siempre feliz, no podía pensar que hubiese una alegría ó un placer nuevo que no hubiese probado aún, fuera del de una muerte rápida y fácil; y he aquí mi cabeza en manos de un diccionario de medicina, donde he aprendido que se puede gozar la felicidad suprema con un género especial de muerte. Se me hallará colgado de la ventana. Que ninguno lo deplora, que todos digan: He aquí un hombre que ha conocido toda la felicidad humana.»

Nadie se maravilla de esto. En toda obra humana, y por lo tanto, en esta del suicidio, las contradicciones son siempre frecuentes, y lo ridículo anda cerca de lo sublime.

Berryer nos cuenta de un hombre que se había ahorcado porque su madre le negó un par de pantalones.

Dos mujeres se mataron: una por haber perdido el pelo, y otra las pestañas á fuerza de cosméticos; una tercera, porque el marido la reprendió haber guisado demasiado duro un pollo (BRIÉRE, p. 116); y el rabioso Labieno se hizo enterrar vivo cuando vió condenados al fuego sus escritos. (*Seneca*, lib. V.) Cardano se dejó morir de hambre para confirmar sus predicciones astrológicas, y el segundo Apicio se mató al ver que no le quedaban más que unas 150.000 liras, suma demasiado pequeña para sus apetitos. (*Ateneo*, 14.)

EL AMOR EN EL DELITO

Un proverbio bastante conocido dice que el amor entra un poco en todos los delitos; pero yo he demostrado ya (1), en una antigua conferencia, que este proverbio no es seguro, y que el vino, la venganza y la ambición pueden mucho más. La demostración se puede aplicar también cuando, de los delitos en general, pasamos á los hechos más graves, en que el amor tiene el cuarto lugar como maximum (2).

(1) *Del vino nel suicidio, nel delitto e nella pazzia*, 1880.

(2) *Francia*. Motivos de los cuatro delitos capitales: Asesinato, envenenamiento, homicidio, incendio.

		PROPORCIÓN POR MIL		
		1826-50	1851-60	1874-76
AVARICIA . . .	Para facilitar hurtos	81	89	} 179
	Para apresurar la herencia . .	33	25	
	Para ser indemnizados por las compañías de Seguros . . .	52	82	
DISENSIONES DOMÉSTICAS	Disputas entre cónyuges, parientes, etc	126	133	139
AMOR	Amor contrariado, celos rivalidad	21	22	} 107
	Adulterio	48	56	
	Concubinato, corrupción . . .	50	49	
ODIO, VEN- GANZA	Contra funcionarios públicos .	49	44	} 277
	Discusiones de intereses . . .	60	51	
	Disputas de vecindad	33	33	
MOTIVOS DI- VERSOS	Otros motivos de odio	159	155	} 248
	Disputas de taberna, de juego, etc	91	89	
	Otras disputas, encuentros casuales	52	46	
	Otros diversos motivos	145	135	
			261	